

/Preámbulo

La sociedad madura

Autor:

María Ángeles Durán.

Catedrática de Sociología y profesora de Investigación
del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.



María Ángeles Durán.

Catedrática de Sociología y profesora de Investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Vivir y envejecer son dos maneras de nombrar un mismo hecho. Cuando una sociedad logra que la mayoría de sus miembros alcance larga vida, se transforma en una sociedad madura. Las alternativas al no-envejecimiento son escasas; o morir jóvenes, o extraditar a quienes sobrepasen cierta edad, o importar niños y jóvenes de otras sociedades, o incrementar la natalidad local premiando fuertemente a quienes asumen los riesgos de la maternidad. La sociedad española no desea actualmente estas opciones y hay que hacerse a la idea de que la tendencia al envejecimiento se mantendrá. Habrá que buscar solución anticipada a los problemas que conlleva, crear nuevos servicios en transporte y urbanismo, ocio, cultura o lucha contra la soledad y, simultáneamente, disfrutar la conquista histórica de la prolongación generalizada de la esperanza de vida.

La vejez es una época de grandes desigualdades y un desafío para el análisis económico tradicional, porque en esa etapa de la vida la importancia del mercado se diluye. La capacidad del mercado para generar nuevos productos y necesidades no tiene más límite que la capacidad de sus clientes para consumirlos. Los *beautiful oldies*, el pequeño sector que se encuentra al final de su etapa productiva y todavía genera buenas rentas es un excelente objetivo, pero la mitad de los mayores de 65 años llega a final de mes ajustando apretadamente sus gastos a sus ingresos (barómetros del CIS), y los que ahorran lo hacen en cantidades de escasa cuantía. Como muestran los estudios del INE, el CIS, el Banco de España y otras entidades, entre los mayores existen grandes desigualdades de patrimonio y de renta. Aun así, la desigualdad principal no es monetaria sino derivada de las condiciones de salud y de disponibilidad de personas que ofrezcan cuidado gratuito por razones afectivas. Solamente el 40% de los hogares podrían pagar con sus rentas el salario mínimo de un cuidador a tiempo completo, dedicándole menos de un tercio de sus ingresos totales.



No es pobre quien tiene poco sino quien necesita mucho. Las horas de cuidado se traducen con dificultad en salario-sombra para expresarlas en dinero, y un cónyuge o familiar que cuide con eficacia y afecto a un mayor dependiente no produce renta, pero evita mensualmente un gasto equivalente a varios salarios mínimos. Suponiendo que cumpla los requisitos legales sobre seguridad social, jornada, vacaciones, descanso semanal y ausencias justificadas al trabajo, quien no tenga quien le cuide gratuitamente durante la etapa de dependencia tendrá que pagar a varios cuidadores o necesitará que lo hagan el Estado y las asociaciones de voluntariado. Para su subsistencia, los mayores dependen por ahora de que se perpetúe el cuidatoriado, el ingente colectivo de trabajadores del cuidado no remunerado al que muchos de ellos mismos pertenecen, que asume esta labor colectiva desde el interior de los hogares en condiciones rechazadas por los trabajadores remunerados.

Para su subsistencia, los mayores dependen por ahora de que se perpetúe el cuidatoriado.

Los cambios ideológicos se producen con lentitud, pero a veces eclosionan y evolucionan rápidamente. Desde 1978, la sociedad española se ha hecho más individualista y defensora de la autonomía del sujeto en muchos aspectos de la vida, entre ellos las formas de convivencia, relaciones intrafamiliares y control sobre el propio cuerpo. En esta línea, la Ley de Eutanasia concede mayor libertad al enfermo para decidir sobre las circunstancias de su muerte. Todavía es tabú para parte de la población, pero el modo de vivir la última etapa de la vida cambiará profundamente. En las décadas anteriores ya se ha institucionalizado y tecnificado. En las décadas futuras emergerán instituciones económicas y sanitarias para dar cauce directo e indirecto a este objetivo recientemente legalizado.

Aunque al nacimiento fuese un cinco por ciento inferior a la de varones, la población se feminiza en las edades tardías. Hay más mujeres que hombres mayores y viven en diferentes condiciones de salud (más morbilidad, más enfermedades crónicas y más graves, previsión de 11 años con dependencia al cumplir los 65 en lugar de los siete que son característicos de los varones), económicas (ingresos del hogar y pensiones propias más bajas o inexistentes) y sociales (mayor proporción de viudas, más hogares unipersonales, menor proporción de cuidadores disponibles). También hay más mujeres que hombres dentro del cuidatoriado.



La internacionalización de la edad tardía se debe a la llegada de nuevos residentes de edad avanzada en busca de mejor calidad de vida (ya muy visible en zonas costeras de clima templado) y la adscripción de trabajadores inmigrantes al cuidado de personas mayores. Los cuidadores asalariados inmigrantes aportan peculiaridades de su cultura de origen y de la situación legal y social que viven en España. Son ya parte importante del sector sanitario y de servicios sociales, y absoluta mayoría en algunos grupos específicos, como los empleados de hogar con residencia interna. Por ahora, estos trabajadores son jóvenes, pero dentro de algunas décadas constituirán un grupo envejecido con características socioeconómicas propias.

La confianza en la tecnología y en la medicina cimienta las sociedades del siglo XXI. Sin embargo, el cuidado es una actividad de proximidad, artesanal casi siempre, en la que resulta difícil aumentar la productividad sin disminuir la calidad del servicio. Los avances tecnológicos mejoran y prolongan el último periodo de la vida, pero son una amenaza si se pierde el control sobre ellos, si su coste económico los hace accesibles solamente para algunas minorías o se convierten en modos de dominación sobre quienes no pueden oponerse a su uso o no-uso.

Hoy por hoy, y a pesar de algunas asociaciones que lo intentan, los mayores constituyen más una categoría estadística borrosa y una diana para otros grupos que un sujeto político activo. La toma de consciencia de sí mismos y su conversión en sujeto socialmente organizado sería la herramienta más potente para modificar favorablemente sus condiciones de vida en el futuro. La pregunta incómoda es quién está dispuesto a apoyar este cambio que colocaría a los mayores en una mejor posición negociadora con el Estado, las empresas y los restantes grupos sociales que compiten por los recursos colectivos.

**La confianza en la
tecnología y en la
medicina cimienta las
sociedades
del siglo XXI**

